

cuentra anticipada en un pasaje de Heráclito que habla de seres humanos que se alzan para convertirse en guardianes vigilantes de los vivos y los muertos. «El fuego —dice— vendrá a juzgar y condenar todas las cosas.»

En el mundo antiguo, el aspecto de las enseñanzas de Heráclito que más impresionaba a los filósofos no era tanto la visión del mundo a modo de hoguera como el corolario de que todo lo que hay en el mundo se halla en un estado de cambio y flujo constantes. Todo se mueve, decía, y nada permanece; el mundo es como una corriente que fluye. Si nos hallamos en la orilla del río, el agua que vemos a nuestros pies no es nunca la misma en dos momentos distintos, y no podemos poner dos veces los pies en las mismas aguas. Hasta aquí, ningún problema. Pero Heráclito llegó a decir que no podemos entrar dos veces en el mismo río. Esto parece falso, tanto si se toma de manera literal como alegóricamente; pero, como veremos, ese sentimiento tuvo amplia influencia en la filosofía griega posterior.

LA ESCUELA DE PARMÉNIDES

La escena filosófica cambia drásticamente cuando miramos a Parménides, que nació en los años finales del siglo VI. Aunque probablemente fuera discípulo de Jenófanes, Parménides pasó la mayor parte de su vida no en Jonia, sino en Italia, en una ciudad llamada Elea, unas setenta millas al sur de Nápoles. Se dice que estableció una excelente serie de leyes en su ciudad, pero nada sabemos de su política ni de su filosofía política. Es el primer filósofo cuyos escritos han llegado a nosotros en cantidad apreciable: escribió un poema filosófico en pesada métrica, del que nos han llegado unos ciento veinte versos. En su escrito no se ocupó de cosmología, como los antiguos milesios, ni de teología, como Jenófanes, sino de un estudio nuevo y universal que trascendía a los otros dos: la disciplina que filósofos posteriores llamaron «ontología». La ontología toma su nombre de una palabra griega cuyo singular es *on* y el plural *onta*: es esa palabra —el participio presente del verbo griego «ser»— la que define el tema tratado por Parménides. Su notable poema puede reivindicar el título de carta fundacional de la ontología.

Para explicar qué es la ontología y de qué trata el poema de Parménides, es necesario entrar en algunos detalles de gramática y traducción. La paciencia del lector con estas sutilezas se verá recompensada, pues entre Parménides y nuestros días la ontología iba a conocer un vasto y exuberante desarrollo, y sólo si captamos con seguridad lo que Parménides

quería decir y lo que no logró decir, podremos hallar despejado el camino que nos llevará a través de siglos de jungla ontológica.

El tema del que se ocupa Parménides es *to on*, que traducido literalmente quiere decir «lo que es». Antes de explicar el verbo, hemos de decir algo acerca del artículo. En español usamos a veces un artículo neutro seguido de un adjetivo para referirnos a una clase de cosas, como cuando decimos «lo importante» para referirnos al conjunto de las cosas que tienen importancia. El giro correspondiente era mucho más frecuente en el griego clásico que en nuestra lengua: los griegos podían usar la expresión «lo caliente» para referirse a cosas que son calientes y «lo frío» para referirse a cosas que son frías. Así, por ejemplo, Anaxímenes decía que el aire se volvía visible gracias a lo caliente y lo frío, lo húmedo y lo móvil. En lugar de un adjetivo, a continuación de «lo» podemos poner una proposición de relativo, como cuando hablamos, por ejemplo, de «lo que se mueve» en vez de «lo móvil». La construcción paralela, en griego, era muy usual y venía dada por un participio presente, ausente en nuestra lengua, como ocurre con *to on*: «lo que es». Dada esta dificultad de traducción de *to on*, en las lenguas sin participio presente se opta también a menudo por el infinitivo sustantivado («el ser») o por un neologismo acuñado por autores latinos medievales: «el ente».*

Cuando los filósofos escriben tratados sobre «el ser», suelen usar la expresión como un sustantivo verbal: tratan de explicar en qué consiste para una cosa el hecho de *ser*. No es esto, o no principalmente, de lo que trata Parménides: él se interesa por *el ente* como cosa, es decir, todo aquello que está, por así decir, siendo. Para distinguir este sentido de «ser» de su uso como sustantivo verbal, así como para evitar la extrañeza de la expresión literal «el ser» en español, se acostumbra tradicionalmente a dignificar el objeto de estudio de Parménides con una inicial mayúscula. Nosotros seguiremos también esta convención, de modo que «el Ser» significará el conjunto de cosas que están siendo y «el ser» denotará simplemente el hecho designado por el infinitivo.

Muy bien, pero si el Ser es eso, para descifrar de qué está hablando Parménides debemos saber también qué es el ser, o sea, en qué consiste para una cosa el hecho de ser. Podemos entender en qué consiste para una cosa el hecho de ser azul o de ser un cachorro: pero ¿en qué consiste

* Resulta forzoso aquí, para mantener el sentido último del razonamiento del autor, adaptar su texto a las peculiaridades de la lengua de traducción: en inglés sí existe el participio presente (*being*, por ejemplo), que nosotros nos vemos obligados a sustituir por proposiciones de relativo. (N. del t.)

para una cosa el hecho, simplemente, de ser y punto? Una posibilidad que surge de inmediato es ésta: el hecho de ser es el hecho de existir o, en otras palabras, ser es existir. En ese caso, Ser es todo lo que existe.

En español, «ser» puede ciertamente significar «existir». Cuando Hamlet se hace la pregunta «¿ser o no ser?», lo que se plantea es si poner o no fin a su existencia. En la Biblia leemos que Raquel lloraba por sus hijos «y no encontraba consuelo porque ellos ya no son». Semejante uso en español es poético y arcaico y no es natural decir, por ejemplo: «El Palacio de Oriente es y la carabela Santa María no es», cuando queremos decir que el edificio en cuestión existe todavía mientras que la nave de Colón ya no existe. En cambio, el enunciado correspondiente sería bastante natural en griego antiguo; y este sentido de «ser» está ciertamente presente en el discurso de Parménides acerca del Ser.

Si ése fuera todo el asunto, podríamos decir simplemente que el Ser es todo lo que existe o, si se prefiere, todo lo que hay o, de nuevo, todo lo que está en su ser. Es éste un enfoque bastante amplio, ciertamente. No puede reprochársele a Parménides, como Hamlet a Horacio, lo siguiente:

There are more things in heaven and earth
Than are dreamt of in your philosophy.*

Pues todo lo que hay en el cielo y la tierra cae bajo la rúbrica del Ser. Por desgracia para nosotros, sin embargo, las cosas son más complicadas que todo eso. La existencia no es lo único que tiene presente Parménides cuando habla del Ser. Le interesa el verbo «ser» no sólo en la forma que adopta en enunciados como «Troya ya no es», sino tal como aparece en cualquier género de enunciados, por ejemplo: «Penélope es una mujer» o «Aquiles es un héroe» o «Menelao tiene el cabello rubio» o «Telémaco mide seis pies de altura». Así entendido, el Ser no es simplemente lo que existe, sino aquello acerca de lo cual es verdadera cualquier proposición que contenga «es». Igualmente, el hecho de ser no es simplemente el hecho de existir (el hecho de ser y punto), sino el de ser una cosa cualquiera: ser rojo o azul, ser caliente o frío, y así *ad nauseam*. Tomado en este sentido, el Ser es un ámbito mucho más difícil de abarcar.

Tras este largo preámbulo estamos en condiciones de examinar algunos de los versos del misterioso poema de Parménides.

* Hay más cosas en el cielo y la tierra / de las que sueña tu filosofía. (N. del t.)

Lo que se puede decir y pensar ha de ser Ser; pues puede serlo, mientras que la nada no puede ser.

El primer verso subraya la vasta extensión del Ser: si puedes llamar Argos a un perro o puedes pensar en la Luna, entonces Argos y la Luna han de ser, han de contar como partes del Ser. Pero ¿por qué nos dice el segundo verso que la nada no puede ser? Porque una cosa que puede ser algo ha de ser esto o aquello, no puede ser simplemente nada.

Parménides introduce, en correspondencia con el Ser, la noción de No-ser.

Nunca prevalecerá esto: que el No-ser es;
Desembaraza tu mente de cualquier pensamiento como ése.

Si el Ser es aquello de lo que tal o cual cosa, la que sea, es verdadera, entonces el No-ser es aquello de lo que nada es verdadero, en absoluto. Lo cual, sin duda, es un absurdo. No sólo no puede existir, sino que ni siquiera puede pensarse.

No podrías captar el No-ser —no es factible—
Ni mentarlo; ser pensado y ser son lo mismo.

Dada su definición de «ser» y «No-ser», Parménides tiene seguramente razón en este punto. Si digo que estoy pensando en algo y me preguntan en qué clase de cosa estoy pensando, cualquiera se sentiría perplejo si yo dijera que no es ninguna clase de cosa. Si se me pregunta entonces a qué se parece y yo digo que no se parece a nada en absoluto, mi interlocutor quedará totalmente desconcertado. «¿Puedes decirme algo acerca de ello?», podría preguntarme. Si digo que no, podrá concluir con toda razón que yo no estoy pensando realmente en nada o que no estoy pensando en absoluto. En ese sentido, es verdad que ser pensado y ser son una misma cosa.

Hasta aquí podemos estar de acuerdo con Parménides, pero cabe señalar que hay una importante diferencia entre decir

El No-ser no se puede pensar

y decir

Lo que no existe no se puede pensar.

La primera frase es verdadera, en el sentido arriba explicado; la segunda es falsa. Si fuera verdadera, podríamos probar que las cosas existen simplemente por el hecho de pensarlas; pero mientras que los leones y los unicornios pueden pensarse, los leones existen y los unicornios no. Dados los giros de su lenguaje, es difícil estar seguro de si Parménides pensaba que los dos enunciados eran equivalentes. Algunos de sus seguidores lo han acusado de semejante confusión; otros parecen haberla hecho suya.

Hemos convenido con Parménides en rechazar el No-ser. Pero es más difícil seguir a Parménides en algunas de las conclusiones que él extrae de la inconcebibilidad del No-ser y la universalidad del Ser. Así es como él procede:

Una vía queda, marcada con muchísimos signos:
 Que el Ser es ingénito y nunca muere;
 Firme, inmovible y completo.
 No fue jamás ni será, pues ahora es todo de una vez,
 Uno y continuo. Pues ¿cómo podría nacer
 O a partir de qué se habría desarrollado? ¿Del No-ser? No,
 Eso no puede decirse ni pensarse; no podemos
 Llegar al extremo de negar que sea. ¿Qué necesidad habría hecho,
 Antes o después, nacer al Ser del No-ser?
 De modo que es necesario que sea del todo o que no sea.
 Tampoco del No-ser permitirá creencia alguna
 Que nazca algo distinto...

«Nada puede venir de nada» es un principio que ha sido aceptado por muchos pensadores bastante menos intrépidos que Parménides. Pero no son muchos los que han sacado la conclusión de que el Ser no tiene principio ni fin ni está sujeto al cambio temporal. Para ver por qué Parménides sacó esa conclusión, hemos de suponer que él pensaba que «ser agua» o «ser aire» guardaba con «ser» la misma relación que «correr rápidamente» o «correr lentamente» con «correr». El que primero corre rápidamente y luego lo hace lentamente sigue corriendo todo el tiempo; de manera semejante, para Parménides, aquello que primero es agua y luego es aire sigue siendo. Cuando el agua de una olla hierve por completo, eso puede ser, en palabras de Heráclito, la muerte del agua y el nacimiento del aire; pero, para Parménides, no es la muerte ni el nacimiento del Ser. Por más cambios que se produzcan, no son cambios de ser a no ser; son cambios dentro del Ser, no cambios del Ser.

El Ser ha de ser eterno; en efecto, no podía proceder del No-ser ni convertirse nunca en No-ser, pues no hay tal cosa. Si el Ser pudiera —per

impossibile— surgir a partir de nada, ¿qué es lo que lo haría surgir en un determinado momento y no en otro? De hecho, ¿qué es lo que diferencia el pasado del presente y del futuro? Si no es ningún género de ser, entonces el tiempo es irreal; si es algún género de ser, entonces todo tiempo es parte del Ser, y pasado, presente y futuro son un solo Ser.

Con argumentos similares, Parménides trata de mostrar que el Ser es indiviso e ilimitado. ¿Qué podría separar al Ser del Ser? ¿El No-ser? En tal caso, la división es irreal. ¿El Ser? En ese caso no hay tal división, sino un Ser continuo. ¿Qué podría poner límites al Ser? El No-ser no puede hacer nada a cosa alguna; y si imaginamos que el Ser está limitado por el Ser, entonces el Ser no ha alcanzado todavía sus límites.

Pensar una cosa es pensar que es.
 Fuera del Ser, cualquier cosa que se exprese
 No alcanza al pensamiento. Nada es ni será
 Fuera de los límites del Ser, pues el Destino lo ató
 Para que sea un todo inmóvil. Por ello es sólo un nombre
 Todo aquello que los mortales han establecido creyéndolo verdadero:
 Nacimiento y destrucción, ser y no ser,
 Cambiar de lugar y mudar de color resplandeciente.

El poema de Parménides se divide en dos partes: la Vía de la Verdad y la Vía de la Apariencia. La Vía de la Verdad contiene la doctrina del Ser que acabamos de examinar; la Vía de la Apariencia explora el mundo de los sentidos, el mundo del cambio y el color, el mundo de los nombres vacíos. No hace falta que perdamos tiempo con la Vía de la Apariencia, pues lo que Parménides nos dice de ella no difiere mucho de las especulaciones cosmológicas de los pensadores jonios. Fue su Vía de la Verdad la que estableció un programa que durante mucho tiempo resultaría válido para la filosofía posterior.

El problema que se les planteaba a los filósofos posteriores era el siguiente: el sentido común sugiere que el mundo contiene cosas duraderas, tales como montañas rocosas, y cosas en constante cambio, como las rápidas corrientes. Por un lado Heráclito había proclamado que, en un nivel fundamental, aun las cosas más sólidas se hallaban en flujo permanente; por otro lado, Parménides había sostenido que incluso lo en apariencia más efímero es, en un nivel fundamental, estático e inmutable. ¿Es posible refutar la doctrina de Heráclito o la de Parménides? ¿Hay algún modo de reconciliarlas? Para Platón y sus sucesores, esa era una de las tareas principales que se le imponían a la filosofía.

Meliso, discípulo de Parménides, que floreció en torno al año 441, vertió en prosa asequible las ideas que Parménides había expuesto en opacos versos. De esas ideas extrajo dos consecuencias particularmente chocantes. Una era que el dolor no era real, pues entrañaba una deficiencia del ser. La otra era que no existía el espacio vacío: en efecto, tal cosa habría de ser un No-ser. En consecuencia, el movimiento era imposible, pues los cuerpos que ocupan el espacio no tienen sitio libre al que desplazarse.

Zenón, un amigo de Parménides, unos veinticinco años más joven que él, desarrolló una ingeniosa serie de paradojas concebidas para demostrar sin lugar a dudas que el movimiento era inconcebible. La más conocida de dichas paradojas pretende probar que un móvil rápido nunca puede atrapar a un móvil lento. Supongamos que Aquiles, veloz corredor, compite en una carrera de unas cien yardas con una tortuga que sólo puede correr a una velocidad cuatro veces menor, y le da a la tortuga una ventaja de unas cuarenta yardas. Para cuando Aquiles ha recorrido las cuarenta yardas, la tortuga está todavía por delante, a diez yardas. Para cuando Aquiles ha corrido esas diez yardas, la tortuga está por delante a dos yardas y media. Cada vez que Aquiles salva el intervalo, la tortuga establece uno nuevo, aunque más corto, por delante de él; de modo que, según parece, Aquiles nunca puede alcanzarla. Otro argumento, más simple, trataba de probar que nadie podía correr de un extremo al otro de un estadio, porque para llegar al final debía recorrer antes la mitad de la distancia, para recorrer ésta debía antes recorrer su mitad, y así *ad infinitum*.

Estos y otros argumentos de Zenón presuponen que las distancias son infinitamente divisibles. Dichos supuestos fueron puestos en entredicho por algunos pensadores posteriores y aceptados por otros. Aristóteles, que nos ha conservado las paradojas, logró desentrañar algunas de las ambigüedades que encierran. No obstante, durante muchos siglos, las paradojas siguieron sin recibir soluciones satisfactorias tanto para los filósofos como para los matemáticos.

Platón nos cuenta que Parménides, cuando era un anciano canoso de 65 años, viajó con Zenón desde Elea hasta Atenas para asistir a un festival, y allí se encontró con el joven Sócrates. Dicho encuentro debió de tener lugar hacia el 450 a.C. Algunos estudiosos piensan que esa historia es una invención dramática; pero si el encuentro tuvo lugar, constituyó un espléndido acto inaugural de la edad de oro de la filosofía griega en Atenas. En breve volveremos a la filosofía ateniense, pero entretanto queda por estudiar otro pensador italiano, Empédocles de Acragas, y dos físicos jonios más, Leucipo y Demócrito.

EMPÉDOCLES

Empédocles floreció a mediados del siglo V y fue ciudadano de la población situada en la costa meridional de Sicilia que hoy se llama Agrigento. Se sabe que se dedicó activamente a la política como ardiente demócrata, y que se le llegó a ofrecer, pero lo rechazó, el trono real de su ciudad. En una época posterior de su vida fue desterrado y practicó la filosofía en el exilio. Gozó de renombre como médico, pero según los biógrafos antiguos curaba tanto por medio de la magia como por medio de medicamentos, llegando a resucitar a una mujer que llevaba treinta días muerta. En sus últimos años, según nos cuentan, llegó a creer que era un dios y encontró la muerte al precipitarse al interior del volcán Etna para dejar probada su divinidad.

Tanto si Empédocles era un taumaturgo como si no, mereció su reputación de filósofo original e imaginativo. Escribió dos poemas, más largos que el de Parménides y más fluidos, si bien más repetitivos. Uno de ellos versaba sobre ciencia, el otro sobre religión. Del primero, *Sobre la naturaleza*, poseemos unos cuatrocientos versos de un total de dos mil que tenía el original; del segundo, *Purificaciones*, sólo han sobrevivido algunos fragmentos menores.

La filosofía de la naturaleza de Empédocles puede considerarse una síntesis del pensamiento de los filósofos jonios. Como hemos visto, cada uno de ellos había elegido una sustancia como materia básica del universo: para Tales era el agua; para Anaxímenes, el aire; para Jenófanes, la tierra; para Heráclito, el fuego. Para Empédocles, esas cuatro sustancias por igual constituían los elementos básicos («raíces», en sus propias palabras) del universo. Dichos elementos han existido siempre, creía Empédocles, pero se mezclan unos con otros en diversas proporciones para producir la fábrica del mundo.

De estos cuatro surgió todo lo que fue, es y será;
Brotaron árboles, hombres, mujeres,
Fieras, grandes aves y peces que viven en el agua,
Y también los dioses de larga vida, los más honrados.
Sólo estos cuatro existen, pero, penetrándose mutuamente,
Asumen formas diferentes: tanto los cambia la mezcla.

La mutua penetración y mezcla de los elementos, en el sistema de Empédocles, viene causada por dos fuerzas: Amor y Discordia. El Amor combina los elementos para formar una unidad a partir de la multiplici-